

***Huellas de ceniza*, primera novela policíaca de la literatura costarricense**

Óscar Montanaro Meza

Centro Regional de San Ramón
Universidad de Costa Rica

Aspira el presente estudio analizar con una aproximación socio-crítica, el texto *Huellas de ceniza*, producido por Enrique Villalobos y considerado por la crítica como la primera novela policial escrita en Costa Rica. El propósito es demostrar cómo el engendramiento textual reproduce las prácticas sociales que paulatinamente ha asumido la sociedad costarricense en su incorporación al proceso de globalización, durante las dos últimas décadas. La lectura propuesta sitúa el texto y su productor cronológicamente, luego plantea algunas observaciones sobre el texto prefacial, la diégesis, el tiempo y las prácticas sociales, concluyendo que estas sustituyen e incitan a nuevos valores, en demérito de los que tradicionalmente han forjado la nacionalidad de este pueblo centroamericano. En tal sentido, el análisis concluye que el texto en referencia no interpela, ni cuestiona, los nuevos esquemas axiológicos, sino que los incorpora y los asume como si fueran propios e inherentes a la idiosincrasia del ser costarricense.

El productor y el texto en el marco de la narrativa costarricense

Enrique Villalobos es abogado, periodista y profesor universitario. A principios de 1993 incursionó por primera vez en la producción

literaria de Costa Rica, al editar la novela *Huellas de ceniza*, objeto del presente estudio.

La crítica costarricense que se ha referido a este texto, comparte con Víctor J. Flury —prestigioso intelectual y conocido por sus artículos periodísticos sobre cine, literatura y televisión— la apreciación de que *Huellas de ceniza* es el primer relato policíaco de la literatura costarricense, según lo escribe en la «Introducción» del libro, al señalar que "Pese al éxito de circulación del género [policial], en una escala planetaria, en Costa Rica nadie lo había intentado"¹.

En efecto, en la revisión de obras que giren sobre la estructura y la temática del relato policial, no hay antecedentes en la producción literaria del país. Los títulos que evocan lo "policíaco", y hasta donde se ha indagado, son los cuatro siguientes:

1. *El crimen de Alberto Lobo* (1926), de Gonzalo Chacón Trejos, relato inspirado en un crimen político, el cual permanece aún en el misterio. El asesinato aconteció en la noche del 10 de agosto de 1919, en una calle de la capital y la víctima fue el general Joaquín Tinoco, hermano de quien gobernó dictatorialmente a Costa Rica entre 1917 y 1919.
2. *El crimen de Colima: un error judicial* (1966), crónica policial con la que su autor, Enrique Benavides, demuestra un error de la justicia, al condenar a tres inocentes del atroz asesinato que sufrió una joven pareja de enamorados el 23 de diciembre de 1951, y que conmovió profundamente al pueblo costarricense.
3. *Crónicas policiales* (1985), reúne cuatro relatos anecdóticos de tres autores —Asdrúbal Salas, Jorge Muñoz y José Manuel Astorga— que ejercieron tareas de policía.
4. Y nuevamente sobre el crimen de Colima, el novelista José León Sánchez ha escrito una nueva crónica, que titula *Tortura: el crimen de Colima* (1993). En ella recoge, entre otros sucesos, el testimonio

1. Víctor J. Flury, «Introducción», en Enrique Villalobos, *Huellas de ceniza* (San José: Unicornio, 1993) 2.

de los tres ajusticiados, que le confiesen al autor su inocencia y comparten con él días muy duros en la cárcel de ingrata memoria llamada la Penitenciaría Central.

Breve análisis prefacial

El prefacio, constituido en este libro por los elementos textuales que aparecen en las solapas, en la contraportada, y en la «Introducción» por un lado y por el otro, y la portada, son elementos perlocutivos que refuerzan el carácter policial del texto. Sin embargo, para empezar se analiza brevemente la dedicatoria que se localiza antes de la así marcada como la primera página. Su texto dice así:

A mis queridos padres:
Inolvidables cómplices en la aventura
de descubrir el mundo mágico de la fantasía

El autor evoca, en el recuerdo de sus padres, la complicidad infantil que con ellos mantuvo de un mundo mágico que se localiza muy lejos y que contrasta con la realidad actual de una sociedad atraída por el consumo y las fantasías inspiradas en el dinero, la ambición y la pasión por lo material, las cuales se expresarán de modo evidente en el desarrollo de los sucesos de *Huellas de ceniza*.

Las solapas del libro se configuran así: una de ellas con una foto pequeña del autor y una breve nota biográfica; en la otra, se presentan en este mismo orden, juicios en torno a la novela de Julio Suñol y de Carlos Morales; ambos periodistas, quienes han incursionado en producción y en la crítica literarias.

En cuanto al texto prefacial propiamente dicho, está escrito por Víctor J. Flury, y en él afirma categóricamente, luego de una síntesis argumental, que es "*Huellas de ceniza*, la primera novela policíaca escrita en Costa Rica"². En esta cita (como en la primera) aparecen

2. Flury, 3.

destacadas en la contratapa del libro, y bajo el nombre de "Víctor Flury", y sobre la fotografía en colores de una casa de campo, "cabaña" se denomina en el texto novelesco, con el logotipo de "Ediciones Unicornio", fundada por Villalobos, quien al no encontrar casa editora para su novela le declara a la periodista Ana Rojas: "Al final fundé mi propia editorial, Unicornio, y la publiqué yo mismo"³.

Pues bien, el logotipo con fondo blanco y dibujo en letras de tono gris, también se inserta en la fotografía que ocupa la mitad de la portada y que corresponde a una mujer joven y atractiva, vestida de rojo, sentada y de pierna suavemente cruzada, frente a una chimenea encendida y con sus dos manos descansando, al igual que las rosas que sostiene, en su regazo; una fotografía con un motivo familiar: un adulto abrazando a dos niños está cerca de la chimenea en una pared de ladrillo rojo al igual que las paredes de la casa de la contraportada; de esto se concluye que el interior y el exterior de ambas fotos corresponden a la misma edificación. La luminosidad de la foto de la contraportada es mucho más intensa que la correspondiente a la portada, hecha en la técnica del claroscuro, en que la luminosidad cae sobre el regazo de la dama y sobre las llamas del fuego, rodeadas de oscuridad en el fondo de la chimenea. Se observa también que debajo del blanco logotipo de la Editorial Unicornio hay una pequeña carreta típica costarricense adornando el capitel de la chimenea, aunque es muy difusa su presencia por el tono oscuro que cae sobre el extremo izquierdo de la fotografía, como si se quisiera ocultar una arraigada y simbólica tradición del ser costarricense. Sobre esta fotografía, y en letras grandes y amarillas se destaca el título de la novela y entre ambos elementos, se coloca el nombre del autor, Enrique Villalobos, en caracteres muy pequeños de un color tenue, producto del fondo café en que aparecen las letras titulares, con el amarillo de estas, por lo cual no es relevante dentro del conjunto total de la portada. La composición fotográfica de la portada no coloca elementos que evoquen un crimen;

3. Ana Rojas, «Huellas de ceniza», *La Republica* (23 de mayo de 1993) 12-C.

al contrario, la mujer sentada con las dos rosas rojas, la chimenea encendida y la casa de campo, sugieren sosiego y amor; el claroscuro de la foto de la portada envuelve a la mujer en el misterio que engendra el contraste de la luz y la penumbra que da paso a la oscuridad.

Resumiendo: la clasificación planteada por el autor del texto prologal y reiterada en las breves citas de la contraportada, y el título son los elementos que programan la lectura del texto como una novela policial. Sea oportuno el momento para señalar que el periodista Julio Suñol considera la narración como "una buena historia de principio a fin"; en tanto, Carlos Morales valora el texto indicando que "*Huellas de ceniza* abre un camino en la literatura policíaca a la novela negra de extracción social". A propósito del lector de este tipo de relato, recuérdese la referencia que establece Jorge Luis Borges, cuando señala que Édgar Allan Poe en 1841, al escribir el primer cuento policial, estableció las características de su lector. Apunta Borges que "ese lector ha sido —ese lector se encuentra en todos los países del mundo y se cuenta por millones— engendrado por Édgar Allan Poe"; y añade luego que "...el lector de novelas policiales es un lector que lee con incredulidad, con suspicacia, una suspicacia especial"⁴.

La lectura ha sido programada dentro de las características de esta clase de relato, de modo que el lector de *Huellas de ceniza* interroga las primeras páginas del texto: ¿Qué crimen ha ocurrido o habrá de suceder en Limón? ¿Quién es ese huésped? ¿Quién es la hermosa mujer? ¿Cuál será la relación entre ella y el hombre? ¿Qué hará la esposa, cuando se entere de la relación de su esposo con la extranjera?

Una comprensión diegética

Ahora bien, tanto la tapa como la contratapa aluden a hechos de la diégesis: la cabaña, una casa de campo situada en San Rafael

4. Jorge Luis Borges. «El cuento policial», en *Borges oral* (Buenos Aires: Emecé-Belgrano, 1979) 66 y 67.

de Heredia, zona fría y campestre; la mujer, que en este caso evoca a la amada y finalmente la chimenea, en cuya base pegó su cabeza Catalina y a consecuencia del golpe falleció.

La diégesis se inicia cuando Amadeo conoce, al final de su estadía en un hotel de Puerto Limón, en el cual se alojaba con su esposa y con motivo del tercer aniversario de boda, a Noelia, una brasileña que estudia en Costa Rica. Se enamora fácilmente de ella. Su esposa, descrita al principio, de manera caricaturesca, como gorda y fea, contrasta con la belleza de la brasileña. Catalina es hija de un cafetalero que atiende todos sus gustos, y quien no puede impedir luego de varios intentos matrimoniales frustrados, que se case con un mecánico de autos de lujo (BMW y Mercedes Benz), oriundo de Puntarenas, miembro de una familia de pocos recursos y que estudió en un colegio técnico, donde aprendió su oficio. Él se casa con Catalina por interés y no por amor. Así logra su ascenso social, el cual se confirma, al cambiar su taller mecánico por una financiera "cerca de Radio Monumental". La esposa, deseosa de mantener su matrimonio, viaja a Cabeza de Ratón, La Florida, a una clínica especializada en la realización de operaciones reconstructivas. Luego de una ausencia de mes y medio regresa transformada físicamente, que no psicológicamente; para celebrar la reconstrucción estética, o sea la nueva máscara de Catalina, y satisfacer los nuevos apetitos que provoca a su esposo, deciden por iniciativa de ella, pasar la noche en la cabaña; luego de que ambos disfrutaran su reencuentro físico, ella descubre un recibo telefónico que registra muchas llamadas a Brasil; al no tener una respuesta convincente sobre el destinatario de tales conversaciones, sospecha de una amante, Amadeo lo reconoce, Catalina lo agradece con un atizador de hierro, entonces:

...le dio un puñetazo a Catalina en la quijada, quien retrocedió y enredó los pies en la alfombra. Perdió el equilibrio y cayendo pesadamente sobre la base de la chimenea, azotó los ladrillos con su cabeza al tiempo que un siniestro crujido se escuchaba (37).

A partir de este momento, Amadeo oculta el cadáver y busca coartadas para explicar ante la justicia la extraña desaparición de su esposa. El suegro, no convencido, contrata los servicios de un investigador privado: el licenciado Manuel Quirós. Él indagará y reunirá pruebas que demostrarán la culpabilidad de Amadeo. Investigador y criminal se enfrentan. Este logra escapar en una avioneta hacia el sur del país y el lector no sabe con certeza qué le ocurrió a Amadeo, así pues, el texto queda abierto, lo cual produce una ruptura en el relato policial en que el asesino muere o es hecho prisionero; la narración concluye con el investigador que prepara una cita amorosa.

El índice como resumen diegético

El índice incorpora, además de la «Introducción», el nombre de los siete capítulos que integran la narración bajo los siguientes títulos: I El ascenso; II El reencuentro; III Tras la huella; IV Hallazgo peligroso; V Huellas de ceniza; VI La pista se diluye; y VII El enfrentamiento. Y como en las viejas películas y en algunos textos narrativos, aparece innecesariamente, la palabra "FIN", contrastando, como antes se apuntó, con el final abierto de la novela (ver p. 163). Una lectura atenta de ese índice ofrece una breve síntesis de la diégesis policial, en cuanto que las acciones básicas de sus tres componentes —criminal, víctima e investigador— están ahí implícitas.

El tiempo diegético en su referente histórico

Los primeros tres capítulos y el séptimo se abren, a modo de epígrafe, con una referencia espacial y otra, temporal: I "Puerto Limón, junio de 1983" (9); II "Alajuela, noviembre de 1984" (31); III "San José, enero de 1985" (43); y VII "San José, marzo de 1985" (143). Además, en el desarrollo de los hechos, la narración se remonta a la historia de los personajes, especialmente de Amadeo, Catalina, Noelia y el licenciado Manuel Quirós. Para efectos del presente

estudio, se destaca el siguiente suceso: la boda civil de Amadeo y Catalina ocurre en junio de 1980, es decir, tres años antes de que se inicie la narración.

Por otra parte, se aclara que los hechos diegéticos corresponden al período histórico cuando Costa Rica es absorbida por innovaciones profundas y extrañas a la idiosincrasia del costarricense. Los procesos de la economía de mercado y transculturización surgen con ímpetu y junto al debilitamiento de la clase media y el fortalecimiento económico de otros grupos, se acentúa el consumismo de artículos y artefactos de marcas mundiales, lo cual notoriamente se evidencia en el desarrollo del texto; tales procesos, a su vez, traen como consecuencia el aumento de la delincuencia y otras patologías sociales, a lo que se agrega la llegada de extranjeros, especialmente centroamericanos que huyen de la agobiante situación política y la amenaza de la guerra; empero, estos discursos no son incorporados en el texto narrativo.

Los personajes "ticos" en la aldea global

Estas nuevas prácticas sociales se manifiestan en el texto, cuando Amadeo, el protagonista, ya no practica el fútbol de sus años mozos, además de "las mejengas", sino el "surfing" y el boliche; Catalina viaja a La Florida para adquirir, por medio de la cirugía plástica, un nuevo "look"; "fumar monte no era mal visto por la high life"; Noelia, estudia una maestría en "la Universidad Latinoamericana de Agricultura, en Guápiles" y para ella "las exportaciones de concentrados tenían mucho más futuro que el cacao" (11). Catalina le pagó "lecciones privadas de aviación" y Amadeo, "También se matriculó en cursos de inglés, para atender mejor a sus clientes" (22); en verdad que Amadeo aparenta más de lo que en realidad es, según la opinión de su suegro: "le gusta tirárselas de rico" (54); la presencia del capital extranjero se da cuando Amadeo "decidió que aceptaría la oferta de unos alemanes que querían comprarle la casa de Bello Horizonte en \$100.000.00, con todo y muebles" (123). El personaje

Amadeo adorna su vestimenta como si se disfrazara con el oro: "y en el cuello, dos gruesas cadenas de oro, anillos y un reloj, del mismo metal" (66), también en el momento del enfrentamiento último con el investigador, la narración focalizada desde el licenciado Quirós indica que: "él estaba al frente, elegantísimo. Parecía don Corleone, el capo de una banda de mafiosos que había visto en una película" (148).

Es la época cuando afloran en Costa Rica las financieras; por ello Amadeo organiza este tipo de empresas, llamadas "garroteras" por el pueblo y que son descritas por el narrador así:

El común denominador de todas ellas era servir de intermediarias al afán de lucro desmedido de la sociedad. Pagaban altos intereses a los inversionistas pero también cobraban caro por los préstamos. Además, los bancos respaldaban las operaciones con crédito oportuno, ante cualquier emergencia por falta de efectivo (23).

Este mundo de negocios falta a principios de solidaridad, se cuenta que al crear entre Amadeo y Catalina sociedades, aquel le explica a ella que así "burlarían al fisco y evitarían el pago de impuestos" (24). Más adelante, Manuel Quirós —el investigador— comenta ante las reservas de don José, sobre tales negocios, que "en muchos casos se hacía para evadir impuestos". Así la legalidad bendice el pecado social.

El ascenso de Amadeo al estatus social de su esposa, Catalina, no refleja un comportamiento mesurado. Al contrario, ambos, manejan un idiolecto, en el cual mezclan expresiones de la jerga popular con términos del inglés: "mi new look" (32); "está muy sexy la piyamita" (34); "Hacete el maje" (36); "—Contá, contá güevón" (37). Son expresiones de Catalina y desde el ángulo de Amadeo, igualmente su modo de hablar es semejante al de su esposa: "Realmente quedaste como una mamacita" (32); "nos podemos estrellar y se nos jode el lance" (38); "¡Dejate de playadas!" (37); con tales oraciones se dirige

a Catalina, quien al convertirlo en su esposo, cual la parodia inversa de Pigmalión, lo transforma de porteño (oriundo del puerto de Puntarenas, costa del Pacífico) a capitalino; de mecánico a financista y para complementar su tarea, cuenta el narrador que esta, entre otras cosas, le "enseñó a vestir con cierto gusto, aunque caía en la extravagancia" (21). Además,

Aprendió a comer bien (...). Incluso mejoró sus modales y vocabulario, sólo que cuando se enojaba —lo que no era difícil o estaba en la intimidad, salía el pachuco a flote (...). Comenzó a rozarse con otro tipo de personas. Integró un equipo de boliche (...) se interesó mucho por un nuevo deporte que estaba surgiendo, el surfing (22).

En el *incipit*, Amadeo aparece tomando una cerveza directamente de la botella y "hojeaba una ajada revista de chismes" (9). Su gusto por la música popular es evidente, cuando se cuenta que "estaba oyendo radio Sabrosa" (91), emisora josefina que desde 1978 se dedica a transmitir música con ritmo de cumbia, merengue, salsa, entre otros. Sus conocimientos de otras culturas, por ejemplo, la cremación, los ha asimilado del cine: "Había visto en una vieja película como incineraban los cadáveres en la India" (132). Su fuente de información es la prensa escrita: "me enteré por los periódicos" (120).

En cuanto al personaje que se opone a Amadeo, el licenciado Quirós, al igual que algunos de sus colegas norteamericanos, disfruta de la buena vida: mujeres, apartamentos confortables, buenas bebidas y otras comodidades; recibe altos honorarios por sus trabajos; por ejemplo, el padre de Catalina le paga cuatrocientos mil colones antes de que asuma la investigación y en las últimas líneas de la narración, don Manuel Quirós contempla "el cheque de seiscientos mil colones que le dio don José, como agradecimiento por su trabajo en el caso de Catalina" (161); mientras establece una cita por teléfono con una hermosa mujer, llamada Rebeca, que se desenvolverá en este escenario:

"ante una buena chimenea, con vinito blanco y acompañado de bastante queso y aceitunas" (160). También toma "coñac Courvoisier" y posee una biblioteca de la que tomó un libro e inició la lectura de «El doctor Shivago» [sic]; sin embargo, "a los cinco minutos roncaba plácidamente"; pareciera que la(s) novela(s) no policíaca(s), le resulta(n) poco interesante(s), ya que anteriormente, el narrador presenta a Manuel Quirós bebiendo "...café con leche, acompañado de tajadas de pasta de guayaba y queso tierno" y "escuchando música clásica, mientras leía *El nombre de la rosa*" (78), novela de investigación criminal, de Umberto Eco.

El cine está presente para Manuel Quirós, cuando el narrador indica que "Luego puso en el Betamax la película *África mía*" (125), y de igual manera, la radio y el periódico: "Se duchó y afeitó mientras oía las noticias"; y luego "allí hojeó los diarios de la mañana" (61).

Manuel Quirós y Amadeo pertenecen a clubes sociales: este al *Indoor Club* y aquel "entrenaba una vez al mes en el Club de Tiro" (61). Igualmente, Quirós vive en una zona residencial: San Ramón de Tres Ríos y en esta propiedad, cuya extensión es de una manzana, además de su departamento, posee dos casas de alquiler que son habitadas por "dos parejas de pensionados rentistas, una holandesa y la otra canadiense" (61).

Muchos aparatos técnicos, que irrumpían en el medio costarricense en la década de 1980 acompañan al investigador Quirós; por ejemplo: a. en la oficina "sobresalía un televisor, con su reproductor de casetes y un equipo de sonido" (43); b. el narrador indica que Manuel Quirós "comenzó a trabajar en la computadora y abrió un directorio nuevo con el nombre de Catalina González" (56); c. en el automóvil posee "teléfono" (76) y "un aparato de control remoto" para abrir automáticamente el portón de entrada a su propiedad en San Ramón de Tres Ríos (78); d. asimismo, aparatos como el contestador automático (108) y el Betamax (sic, 125) le acompañan en su apartamento de soltero.

Frente a estos personajes se encuentran los humildes: Trina y Beto. De la primera se establece su origen campesino. Ella trabaja para

el matrimonio de Amadeo y Catalina. "La bondad de aquella mujer se desbordaba por los poros" y sus preocupaciones por la desaparición de la "niña Catalina" las orienta con sus rezos "a la Virgen" y "al Niño Jesús de Praga". Del segundo, se establece también su origen campesino, que al no poseer tierra, a sus setenta años trabaja como guarda de la finca de Catalina y Amadeo; muy servicial y fiel, empero es visto por don José González como "un viejo socas", y añade que "en estos tiempos cuesta encontrar a un guarda en el campo, que no se meta sus mechazos" (54).

Tanto Trina como Beto se encuentran al margen de las nuevas costumbres de sus amos y sólo se preocupan por lo que les suceda. Otros personajes que se presentan son los padres de Catalina y los de Quirós; ambas parejas sobrepasan los sesenta años y encarnan los valores que sus hijos han ido sustituyendo por otros: aquellos que en las últimas tres décadas paulatinamente se imponen, incorporando a la sociedad los esquemas económicos impuestos desde poderosas instituciones internacionales, imitando e incorporando costumbres ajenas a la idiosincrasia del costarricense. Este conflicto de concepción de la cultura según el desarrollo de la narración y de su secuencia final, queda dominando los valores de la nueva generación encarnada por el investigador, quien se satisface de la ganancia obtenida, vive en su confortable apartamento y espera a una mujer que no significará en su relación ningún compromiso formal. Esta mujer, Rebeca Vargas, es estudiante de arquitectura, independiente y liberada, mucho más joven que Quirós y quien asume, a pesar de, o bien, gracias a, sus estudios universitarios, la cultura totalizadora e inherente a la aldea global, a la pérdida de identidad.

Un asesinato a la tica

El crimen de Amadeo no es premeditado, es accidental y consecuentemente, sin dolo. Al contrario, Catalina o Katy, como anglicadamente la llama Amadeo, fue tejiendo, sin proponérselo,

claro está, una red en que caería atrapada por la muerte. Las secuencias siguientes así lo confirman:

1. Ella solo le avisa a su esposo que llegará de Miami, en el vuelo nocturno de Lacsá.
2. Catalina, en el automóvil, le pide a su "negrito" ir a la cabaña a San Rafael de Heredia y no a su residencia en Bello Horizonte.
3. Ambos, luego de hacer el amor, fuman un "pito" [cigarrillo de mariguana], lo cual, según Amadeo, "no era mal visto en la high life" (35).
4. Catalina desea fumar más y busca en el maletín de su esposo un encendedor y en su lugar halla un recibo telefónico, que registra las llamadas internacionales a Brasil que Amadeo ha hecho a Noelia.
5. Discuten acaloradamente. Amadeo sale del dormitorio y es alcanzado por Catalina y prosiguen aquí la discusión.
6. Ella lo obliga a confesar que está enamorado de otra mujer y la pelea se intensifica.
7. Catalina amenaza con matarlo y lo agrede con "el atizador de hierro"; entonces Amadeo "paró el ataque con un brazo y con el otro le dio un puñetazo a Catalina en la quijada" (3).

A raíz de este golpe, ella cae al suelo y pega su cabeza contra la base de la chimenea, lo cual le provoca la muerte instantánea. El lector concluye que el crimen no es premeditado, es accidental, su violencia está atenuada; Amadeo ha actuado en defensa propia y si la golpea es para defenderse del violento ataque de Catalina.

Un elemento de la novela policial es el hecho de que el asesino esconda el cadáver. Esto ocurre en la diégesis de *Huellas de ceniza*. Amadeo llega incluso a incendiar la cabaña y con ello pretende eliminar cualquier pista. Sin embargo, las cenizas le revelan al investigador algunos indicios que despiertan fuertes sospechas hacia Amadeo.

Últimas acotaciones: cenizas que develan el crimen

El vocablo "cenizas" es clave no sólo en el título principal de la obra, sino en su repetición como título secundario del capítulo quinto.

En el significado contextual de "cenizas" hay una pluriacentuación que se desprende de su acepción inicial, referida como "polvo mineral de color gris claro que queda como residuo de una combustión completa" (*DRAE*), con el otro, que alude a la "Memoria o recuerdo de los difuntos". Son estos recuerdos los que encarnarían los valores pasados, que la combustión provocada por la homogeneidad cultural, no ha logrado consumir del todo y, quizás, estas cenizas oculten los rescoldos de los rasgos positivos y propios de la identidad del costarricense, si son removidas por la clara conciencia de sus integrantes.

Diegéticamente, las cenizas develan ante el investigador las primeras claves del crimen, ya que a pesar de los esfuerzos de Amadeo por borrar las huellas de lo sucedido, estas acaban por confirmar las sospechas del licenciado Quirós.

Cabe señalar que el texto narrado exhibe muy débilmente la significación que se acaba de establecer; al contrario, en él se reproducen las prácticas sociales que, poco a poco, han ido desplazando los valores que identificaban al costarricense y a cambio de ellos, se entronizan nuevos elementos axiológicos, provenientes y animados por una ideología globalizante, que sustituye los valores propios de la identidad de cada pueblo, por los nuevos estilos de vida y ajenas visiones asimiladas a través de los "mass media". El texto desde este punto de vista no es contestario, es decir, no se cuestiona la realidad impuesta por fuerzas ajenas a la voluntad de los actantes; al contrario la disfraza y la anhela, reproduciendo en el investigador la vida fácil y en el criminal, el escape antes de afrontar la consecuencia de sus actos frente a la justicia.

Para concluir: *Huellas de ceniza* desconoce los principios humanistas de solidaridad, de fraternidad y de identidad, obvia el pensamiento crítico y muestra los cambios axiológicos y de costumbres que

padece la sociedad costarricense impulsada por la globalización ideológica de las dos últimas décadas, que fomenta el ansia de consumir y el ganar mucho dinero con poco esfuerzo y con el cual se busca satisfacer todas las necesidades humanas y divinas.